

JOSÉ IGNACIO DE ARANA

De cómo
UN HONGO
SALVÓ
EL MUNDO



Las anécdotas más curiosas de la
historia de la medicina por el
autor de *Diga treinta y tres*

¿Sabía usted que el tabaco fue recomendado con entusiasmo durante muchos siglos por las autoridades sanitarias por considerarse una planta medicinal y prácticamente milagrosa para curar todo tipo de males? ¿Que el nombre *hígado* proviene de la pasión del romano Apicio por el rico sabor del hígado de los gansos alimentados con higos e hidromiel? ¿Que las endorfinas, las responsables de las sensaciones más placenteras para el ser humano, reciben este nombre por su similitud con la morfina y que su producción se puede estimular mediante el café, el chocolate o el sexo? ¿Sabía usted que el hongo que salvó el mundo fue descubierto de manera casual por Alexander Fleming y que posteriormente sería bautizado como *penicilina*?

El prestigioso doctor José Ignacio de Arana, autor de grandes éxitos como *Diga treinta y tres* o *Grandes polvos de la historia*, nos sorprende con un recorrido divertidísimo y poco convencional por la historia de la medicina para aprender todo lo que creías saber sobre esta ciencia pero que no conocías.

*Para Mercedes, como todo.
Para Almudena, Mercedes, Ignacio y Rodrigo.
Y también para mis nietos Manuel, Javier, Lucas y
Nicolás.*

INTRODUCCIÓN

La historia de la humanidad y la de la medicina no es que muchas veces caminen en paralelo, sino que lo hacen superpuestas. La trayectoria vital de cada individuo está indisolublemente unida a su estado físico y mental, a su salud, y el conjunto de la historia es el resultado de muchas vidas individuales interactuando. Los asuntos médicos influyen en cada acto de la vida de manera ineludible y cualquier acción dependerá en un momento determinado del estado de salud de la persona que toma una decisión o de quienes la rodean. Don Gregorio Marañón pudo realizar una ingente labor de estudio social e histórico sin apenas usar otros criterios de análisis que los derivados de su condición de médico. Decía que una biografía, labor en la que destacó sobremanera, no es sino una historia clínica liberada del secreto profesional, porque es conociendo los detalles de la biología del personaje como se alcanza a entender su comportamiento en todos los ámbitos de su existencia. Esto se puede trasladar sin esfuerzo al estudio de la sociedad en general. El nacimiento, la enfermedad física o mental, la muerte al cabo, marcan al individuo y jalonan lo que será la historia.

Además, las enfermedades se han erigido en muchas ocasiones en auténticas protagonistas de esa historia. Pensemos como ejemplo paradigmático lo que supuso la epidemia de peste negra que en el siglo XIV acabó con la vida de casi la mitad de la población europea y consiguientemente con la economía y las formas sociales de un continente: el mundo entero cambió de modo radical y para

siempre como consecuencia de la acción de un microbio invisible. Dentro del avance humano en aspectos tecnológicos quizá haya sido la medicina, sobre todo en el último siglo, uno de los campos más destacados y con mayores logros; directamente y también porque se han aplicado a ella técnicas y hallazgos primariamente obtenidos para otras cuestiones ajenas a la salud.

La historia de las distintas ciencias suscita siempre atracción entre la gente, más cuanto mayor proximidad haya entre el objeto de esa ciencia y los intereses de cada cual, y en este sentido ninguna como la medicina toca un aspecto tan sensible y del que todos absolutamente tenemos alguna experiencia propia. De cien conversaciones que se escuchan al paso, probablemente ochenta tratan de asuntos de salud, ¿cómo no iba, pues, a interesar conocer los entresijos o las curiosidades que atañen a esas cuestiones? De médicos, poetas y locos se dice que todos tenemos un poco, de modo que siempre estaremos dispuestos a aprender algo nuevo o a recordar lo que ya supimos y se difuminó entre la neblina de la memoria.

Un pecado humano es la vanidad que nos hace creer que el mundo empieza con nosotros, que somos el origen de todo y muy especialmente en el campo del conocimiento. A modo de contrición incluyo en este libro un capítulo en el que me refiero a la medicina que se realizó en las épocas más primitivas de la humanidad, cuando también, no lo dudemos, se curaba a los enfermos igual que ahora, como se sabía, y añado otro sobre la que han ejercido, y siguen haciéndolo en muchos aspectos, los médicos de ese otro mundo que aquí nombramos como Oriente. El resto de la obra se dedica a lo que egocéntricamente hemos venido a denominar *medicina moderna y occidental*.

Este libro no pretende ser, con todo, más que un entretenimiento, una diversión, bien entendido que, como dijo Chesterton, divertido es lo contrario de aburrido, no de serio. La Historia de la medicina es sumamente extensa y no

es posible presentarla en fragmentos sin desvirtuarla, por eso me limitaré a espigar aquí y allá curiosidades e historias sueltas, con minúscula, sin otro afán que despertar en el lector ganas de saber más y hacerle pasar unas horas de amable entretenimiento. Para ello he procurado salpimentar el texto con referencias a casos concretos, muchos con nombres y apellidos conocidos, de personajes que padecieron algunos de los males que aquí se mencionan, porque así se humaniza y aproxima el hecho de enfermar, tan personal. El recuerdo de todos va teñido del máximo respeto y, en un sentido etimológico, de compasión, de padecer con ellos, de acompañarlos en su condición de personas con quienes nos une la íntima capacidad de sufrir.

1

CONOCIENDO NUESTRO CUERPO

El conocimiento que los hombres han tenido de su propio cuerpo estuvo limitado durante miles de años a su aspecto externo y a la imagen del esqueleto en que quedaba reducido tras la muerte y sepultura. Tampoco los médicos tuvieron a lo largo de ese tiempo más datos sobre aquel organismo que se les presentaba lleno de misterios tanto en la salud como en las enfermedades. Con el individuo vivo no era posible saber qué había bajo la superficie de la piel; y una vez muerto, un temor reverencial impedía también desgarrar aquel cuerpo para conocer su intimidad, aparte de que tras la muerte carecía de interés ese conocimiento que ya en nada iba a ayudar para la curación según la forma de pensar de aquellos médicos.

La religión egipcia estableció un complejo ritual alrededor de la muerte que incluía, como sabemos, la necesidad de conservar los cuerpos para la vida de ultratumba. Los sacerdotes-médicos de Egipto desarrollaron técnicas que les permitieran evitar la descomposición *post mortem* consiguiendo la momificación. Una de las fases de este largo y muy complicado proceso consistía en la extracción de las vísceras del cadáver: corazón, cerebro, pulmón, intestinos eran separados del cuerpo y depositados en unos recipientes zoomórficos llamados *vasos canopos*, bajo la protección de diversos dioses, que luego se colocaban junto al sarcófago. De este modo, aquellos médicos del Nilo adquirieron unos conocimientos de la anatomía humana que, si bien no

eran de aplicación a la curación de enfermedades, les permitieron adelantarse en muchos siglos a los otros pueblos del Mediterráneo en su cabal comprensión del cuerpo.

Los griegos y los romanos, que sepultaban o incineraban a sus muertos, no tuvieron esa oportunidad. Por eso sus médicos, cuando comenzaron a sentir deseos de saber cómo era un organismo humano por dentro, pretendieron deducirlo de la observación en animales. En ambas culturas existía el rito del sacrificio de animales, bien como ofrenda a los dioses en sus templos, o bien para adivinar la voluntad de esos mismos dioses mediante los oráculos. Los sacerdotes encargados de estos últimos llegaron a conocer con perfección minuciosa cada órgano de dichos animales: ocas, gallos, águilas, cerdos, vacas, etcétera. Tenían que aprenderlo, puesto que de su interpretación como voz divina quizá dependiera la consumación de un negocio, el aplabramiento de una boda o el inicio de una guerra.

Los médicos griegos y, sobre todo, los romanos se acercaron con sumo interés a estos sacrificios y allí empezaron a vislumbrar la asombrosa complejidad de un organismo vivo. Pero como trasladaron sus observaciones directamente al hombre cometieron graves errores de interpretación que se irían arrastrando en los siglos sucesivos por todos los médicos que aprendieron su ciencia en los modelos grecorromanos.

Así alcanzamos la Edad Media, durante la cual algunos médicos se permiten la casi herejía de dudar de cuanto decían los antiguos sobre la composición del cuerpo humano; y simultáneamente se desata en ellos un deseo irrefrenable de comprobar con sus propios ojos la realidad que intuyen bien distinta.

La enseñanza de la medicina era todavía, en las universidades del siglo XIV, casi absolutamente teórica y el aprendizaje de la anatomía se continuaba haciendo con la disección de animales, principalmente cerdos, considerados como los más parecidos anatómicamente al hombre. Pero ya

en el siglo anterior algunos médicos se habían atrevido a seccionar un cadáver humano. Mondino de Luzzi estableció además las normas técnicas para realizar esta operación que se mantuvieron invariables hasta muy entrado el Renacimiento.

El problema fundamental era cómo obtener cadáveres para su disección. Los prejuicios populares —que aún hoy se mantienen, consciente o inconscientemente, en muchas personas— rechazaban la manipulación del cuerpo después de la muerte y mucho más su desmembramiento. Quienes quisieran continuar sus estudios anatómicos tenían entonces que recurrir a los cadáveres de los ajusticiados cuando nadie los reclamaba o incluso, en ocasiones, robándolos por la noche del patíbulo en el que solían permanecer para escarmiento público. Las universidades gestionaron con las autoridades judiciales la concesión «legal» de esos cuerpos y en 1442 la Universidad de Bolonia obtuvo permiso para que se le entregaran anualmente los cuerpos de dos condenados a muerte. De todos es conocida la historia-leyenda que atribuye a Leonardo da Vinci labores de ladrón de cadáveres con los que luego practicaba la disección y dibujaba cada una de sus partes con una perfección que asombra a quienes hoy contemplamos sus apuntes hechos hace quinientos años. Cada «anatomía» —como entonces se denominaba a estas autopsias de aprendizaje y enseñanza— se convertía en un acontecimiento al que asistían médicos y estudiantes de lugares incluso muy lejanos al que hubiera conseguido autorización para realizarla.

El conocer directamente las partes que componen el cuerpo humano fue, sin duda, uno de los avances fundamentales de la medicina de todos los tiempos. Por esa trascendencia la Historia de esta ciencia recoge la disputa entre varias universidades medievales por la primacía en haber establecido su práctica más o menos habitual dentro de sus cursos de enseñanza. Las universidades del norte de Italia, con Bolonia a la cabeza, pioneras en muchos aspectos

tos médicos, parecen ser las que cuentan con más defensores para alzarse con ese privilegio frente a las de París, Montpellier o Valencia. Ya he citado a un boloñés, Mondino de Luzzi, como practicante de una de las primeras anatomías conocidas en la Europa del medievo, pero su acción fue aislada y no pareció tener continuadores hasta mucho tiempo después.

Hace unos años, un estudio muy serio y profundo realizado sobre la medicina practicada en el monasterio cacereño de Nuestra Señora de Guadalupe durante la baja Edad Media, permitió establecer que en los hospitales allí ubicados antes del siglo XIV ya se practicaban autopsias como complemento de la enseñanza médica impartida en sus claustros a estudiantes de toda Castilla y a médicos recién graduados en universidades como la de Salamanca, cosa que hasta ese trabajo se tenía más por leyenda que por certidumbre. Los papas concedieron bulas especiales para que los monjes médicos pudieran realizar las disecciones a pesar de su consagración religiosa, hecho verdaderamente excepcional en toda la cristiandad. De modo que, en medio de la polémica de prioridades, nuestro monasterio español se alza con uno de los primeros puestos, si es que no ocupa singularmente la cabecera. En el pueblo de Guadalupe se levanta hoy un magnífico parador de turismo sobre lo que en tiempos fue uno de sus hospitales monásticos y allí se ha colocado una lápida recordando al visitante actual la importancia de ese lugar para la historia.

Ya en la época renacentista las disecciones del cuerpo humano se hacen más frecuentes y quienes las practican de forma sistemática entran en contacto entre sí, además de poder publicar sus hallazgos. En el año 1543 Andrés Vesalio, médico del emperador Carlos V, publica su obra fundamental, que dedica al propio emperador, titulada *De humani corporis fabrica*, en la cual aparecen por primera vez sistematizadas las observaciones anatómicas de cada una de las partes que componen el cuerpo del hombre. Este li-

bro, ilustrado con magníficos grabados tomados del natural, fue texto obligado para todos los estudiantes de medicina occidentales durante centurias.

En el siglo XIX se sientan las bases de la llamada *anatomía patológica*, esto es, de aquella ciencia que intenta comprender las enfermedades a través del estudio directo de los órganos enfermos. Médicos como Rudolf Virchow, llamado en su época el *Papa de la medicina*, crean grandes tratados en los que se pretende demostrar que la causa de cada enfermedad reside en la alteración de una o más estructuras orgánicas y que, recíprocamente, es posible conocer la enfermedad padecida por una persona estudiando esos mismos órganos después de su muerte. A esta forma de «ver» la enfermedad se la denomina a partir de entonces con la palabra griega *autopsia*, que quiere decir «ver por uno mismo».

En nuestros días las nuevas técnicas de investigación y de laboratorio nos permiten conocer la íntima estructura de todo el cuerpo analizando con ello las manifestaciones patológicas más diversas. La biopsia o toma de una muestra de mayor o menor tamaño de un tejido vivo —por eso se utiliza el prefijo *bio*— permite a los médicos un diagnóstico muy exacto que muchas veces es imposible por otros métodos y que, sin embargo, se facilita con la visión directa de la estructura enferma. Se tiende a creer que la apelación diagnóstica a la biopsia es signo ominoso de una enfermedad muy grave o mortal, como el cáncer por ejemplo. Este es un error que debe eliminarse en la opinión pública. El médico recurre a la biopsia en múltiples situaciones, también en el cáncer, para aclarar detalles o confirmar suposiciones establecidas en el diagnóstico; no siempre, ni muchísimo menos, lo que se busca o sospecha es una enfermedad tumoral o maligna. Téngase como ejemplo la biopsia que el dermatólogo realiza del cuero cabelludo para estudiar el origen de una calvicie, o la que se toma del intes-

tino para encontrar la causa de una diarrea crónica o un estreñimiento pertinaz.

La investigación *post mortem* sigue siendo necesaria en muchas ocasiones —y en las muertes en cuyo esclarecimiento interviene la autoridad judicial, obligatoria— con una doble finalidad: por una parte, dilucidar hasta los mínimos detalles la enfermedad que causó el fallecimiento del paciente porque toda enfermedad individual enseña algo para tratar mejor las que luego se asisten; por otra, porque algunas enfermedades pueden identificarse de este modo como de origen hereditario, y saber este dato sirve para proporcionar el llamado *consejo genético* a los familiares del fallecido. Nunca como en estas situaciones es tan cierto el aforismo médico que dice: «La muerte es maestra de los vivos».

El conocimiento de nuestro cuerpo ha seguido un largo proceso que todavía hoy no ha concluido. Como habitualmente sucede, si el interés en la búsqueda ha sido permanente, los resultados fundamentales aparecen solo muy de vez en cuando, como hitos jalonando un camino y sus diferentes ramales. Los que aquí se traen son únicamente algunos especialmente destacados. En ciertos casos el hallazgo fue fruto de prolongados estudios y de trabajos colectivos; en otros intervino la casualidad viniendo en auxilio de un solo individuo; pero ya dijo Pasteur que la casualidad solo ayuda a la mente preparada, a la que en cada momento está alerta para entender lo que sucede ante los cinco sentidos. Efectivamente, las cosas ocurren casi de la misma manera para casi todos; la mayoría de nosotros las dejamos pasar sin ni siquiera adivinar su significado y menos aún su trascendencia.

El hígado, víscera de la vida

¿Se imaginan ustedes que un capricho gastronómico, el gusto de un amante de la buena mesa, pueda influir en el nombre que damos a una parte del cuerpo? Pues eso es precisamente lo que sucede con el órgano al que voy a dedicar este capítulo: el hígado. Esta víscera de determinados animales ha constituido desde tiempo muy antiguo un alimento degustado con especial deleite por muchos aficionados al placer de la comida y, como siempre en estos casos, se ha buscado la forma de hacer todavía más apetitoso el plato: la culinaria merece figurar con honores en la historia de las artes desarrolladas por la humanidad, que no tienen por qué circunscribirse únicamente a las plásticas, las musicales o la literatura. De hecho, casi todos los que han disfrutado con cualquiera de estas artes «canónicas» lo han solido hacer también con la que se elabora entre pucheros y sartenes en la cocina.

Entre los pueblos que más han sabido desarrollarla está el romano. Los hombres y mujeres de Roma, sobre todo en los siglos dorados del Imperio, tenían en la hora de comer uno de los momentos de mayor satisfacción en su generalmente ociosa jornada; incluso procuraban prolongarlo provocándose el vómito mediante una pluma de ave mojada en aceite con la que se tocaba la «campanilla» en una habitación reservada al efecto llamada *vomitorium*, para regresar a la mesa y seguir ingiriendo alimentos mientras departían con sus invitados o sus huéspedes. Algunos de aquellos romanos han pasado a las antologías del buen y el mucho comer. Tal es el caso de Lucio Licinio Lúculo, general y multimillonario, que diariamente hacía preparar en los salones de su villa los más deliciosos manjares para un aluvión de invitados que siempre acudían hasta allí tanto para darle gusto al paladar como para obtener algún beneficio del poderoso patricio. Un día en que, excepcionalmente, no tenía invitados, su mayordomo preparó una comida frugal; al ser reprendido por su amo se disculpó alegando precisamente la falta de comensales; el sibarita romano no admitió la ex-

cosa del criado y dijo una frase que la posteridad recoge como expresiva del más acrisolado *gourmet*: «Hoy, Lúculo come en casa de Lúculo».

Por documentos de aquella época sabemos de los extremos a los que llegaba el refinamiento gastronómico de los romanos: lenguas de colibrí, faisanes rellenos de otros pájaros exóticos y de castañas, pescados de mar y de río en succulentas presentaciones, etcétera; y también conocemos la existencia de una salsa que tuvo extraordinaria aceptación, alcanzando precios exorbitantes; era el llamado *garum*, procedente de las almadrabas del sur de Hispania y que consistía en tripas de pescado, sobre todo atún, secadas al sol y condimentadas en salazón; su elaboración y su mercado hicieron la prosperidad de muchos pueblos de nuestro litoral mediterráneo.

Pero no piense el lector que estoy desvariando y que me propongo escribir una obra de gastronomía; vuelvo de inmediato al asunto de este capítulo. El naturalista Plinio — aquel que murió víctima de su curiosidad a causa de las emanaciones del Vesubio cuando se acercó hasta su cráter durante la erupción que destruyó Pompeya y Herculano— habla en uno de sus libros del método con el que el romano Apicio, glotón empedernido, consiguió mejorar el sabor del hígado de los gansos. Se trataba de hacer comer de una manera forzada a estas aves higos e hidromiel. Al cebar a los gansos se les producía un aumento del tamaño del hígado, adquiriendo además esta víscera un sabor dulzón propio del único alimento con el que se los mantenía durante semanas; ya vemos que esto es un adelanto de varios siglos sobre la técnica francesa de elaboración del foie gras. Pues bien, el hígado, que en latín se denomina *jecus*, se presentaba entonces en la mesa de Apicio con el nombre de *jecus ficatum*, de la palabra latina *ficus* o higo.

Este manjar encontró pronto aceptación entre los demás romanos y el método se extendió. Con el tiempo, el adjetivo *ficatum* o «relleno de higos» fue sustituyendo pro-

gresivamente al nombre y la víscera pasó a llamarse así: *ficatum*. Las lenguas derivadas del latín tomaron este sustantivo y *jecus* fue relegado al olvido o al repertorio de los eruditos. En español se pronunció durante varios siglos *higado*, y solo después se acentuó la palabra a *hígado*, que es como hoy la pronunciamos. En francés se dice *foie* y en italiano *fegato* por la misma razón lingüística. He aquí, pues, la explicación de que al hablar de una de las principales vísceras lo hagamos, seguramente sin imaginarlo, evocando un complicado proceso culinario.

Mas el hígado ha tenido siempre una importancia fundamental en el conocimiento que el hombre ha poseído del organismo animal y más aún en las interpretaciones científicas o mágicas que ha sabido dar a ese conocimiento. Su gran tamaño —el mayor órgano interno—, su situación, casi en el centro geométrico del cuerpo, y el hecho de que por su intensa vascularización se produjese una gran hemorragia al ser herido; todo ello conllevó a que ya para los hombres primitivos el hígado representase una parte esencial de la vida, si no el centro mismo de ella, como parece deducirse de la palabra inglesa *liver* con que se nombra en ese idioma y que tan emparentada está con *live*, vida.

En el hígado se pueden distinguir dos estructuras perfectamente diferenciables a simple vista y que ya lo fueron por sus primeros observadores: el hígado propiamente dicho y la vesícula, un receptáculo en su cara inferior, en forma de pequeña vejiga —de ahí su nombre—, donde se acumula la bilis, un pigmento que hoy sabemos que cumple una misión importante en el proceso digestivo de los alimentos. La bilis es una sustancia de color amarillo más o menos intenso y un sabor muy amargo. Precisamente la palabra *amarillo* tiene su origen etimológico en ese sabor: la palabra latina *amarellus* es un diminutivo de *amarus*, amargo, es decir, significa *amarguito*. Cuando una persona sufre algún trastorno en la elaboración o en la eliminación de la